El último de los amanuenses

EDITORIAL
EL BOZAL DE LA LOGICA

Según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, amanuense es la persona que se dedica a escribir lo que otro le dicta.

Me preguntan dónde nací; es una historia sangrienta y un poco larga, pero no tanto. Nací en Amano, un pueblo petrolero en el desierto de la Patagonia Argentina. Para ese entonces ya no había más petróleo, era un parador seco y sin habitantes. Se dice que el General Roca llegó a esa región al comienzo de la Campaña del Desierto y tomó cautivos a los lugareños, que al parecer no eran una comunidad ni una tribu sino que vivían en una suerte de individualismo salvaje, muy parecido a cualquiera del resto de las especies; algunos se conocían entre sí y a veces se relacionaban de distintas maneras, pero no conformaban una cultura ni compartían un proyecto de supervivencia conjunta ni se organizaban para la defensa del grupo. La mayoría se negó a obedecer y fueron ejecutados; los que quedaron se dedicaron a cargar las pertenencias del General, y por eso algunos cronistas suponen que esa tarea que se les encomendó habría dado nombre al pueblo. Sin embargo, es más cierta la versión que indica que estos salvajes fueron luego instruidos en las letras y encargados de transcribir todas las actas de gobierno que el propio General Roca les dictaba, una vez llegado a la Presidencia de la Nación. A comienzos del siglo 20 se descubrió ahí mismo un yacimiento de petróleo que fue explotado durante décadas, hasta que finalmente agotado, los operarios fueron trasla-

dados por decisión del General Perón, que para entonces cumplía su segundo mandato, a los hacinamientos del conurbano bonaerense donde desarrollaron tareas administrativas en distintos entes de gobierno, reiterando el destino burocrático de los primeros amanuenses. Mi madre, a todo esto, era opositora al régimen; estaba en contra de Dios y del Estado. Se pasó toda la década del '70 difundiendo propaganda subversiva contra el peronismo, los militares y las democracias hipócritas y abusivas de las Naciones Unidas. Cuando quedó embarazada de mí, y ante la expresa voluntad de mi padre de querer meterme en el Servicio Escolar Obligatorio, decidió escaparse conmigo en la panza para que no me encierren en una "cárcel blanca", como ella les llamaba. Me tuvo sola en el viejo parador abandonado de Amano y una semana después, a fines de julio del '80, nos encontraron y la mataron; su cuerpo nunca apareció. Me devolvieron a mi padre que me conservó en condiciones de esclavitud, hasta que a los 12 años le di una paliza y me fui. Unos meses más tarde, me encontré en Tucumán con un tío, hermano de mi madre, que me contó toda esta historia. Nací en el desierto entonces, no en Amano; eso es un invento de Roca y un negocio de Perón. Y no soy amanuense; yo escribo lo que quiero, y lo único que me dicta lo que voy escribiendo es el odio inmenso que le tengo al mundo que mata y desaparece a todo lo que se rebela.

Bi Lee

Historiador y escritor nacido en 1973 en la República Popular China, en el seno de una familia antimperialista, migró a Vietnam con sus padres en el '75 luego de la derrota del ejército de los Estados Unidos. Los conflictos bélicos y diplomáticos que se sucedieron entre el estado del que era originario y el estado en que se encontraba marcaron su infancia y lo convencieron de enemistarse definitivamente con los nacionalismos. Durante su juventud emprendió el estudio autogestionado de la contracultura norteamericana, dedicándose a escribir y difundir cuentos de bandidos al margen de la ley a los que clasificó como "easterns", en alusión al famoso género cinematográfico, firmando las historias como "Bi Lee, el forastero". Esto último le valió una larga persecución política a la que dio fin a principios de los '90 viajando a la Argentina donde desarrolló una ardua tarea de propaganda reivindicando las capacidades salvajes de la humanidad y la soberanía alimentaria del individuo. Llegado el siglo XXI y enterado del altísimo índice de crecimiento económico de la República Socialista de Vietnam, que ubicaba al país en el primer puesto a nivel mundial, comentó: "Ya sabía yo que toda esa capacidad de trabajo iba a ser bien aprovechada. Todas las revoluciones triunfantes mantienen y acrecientan el productivismo en la posguerra, convirtiendo a las milicias en recursos humanos para el desarrollo y reflejando las lógicas maquinales del industrialismo de los estados más conservadores".